

Comentarios Estéticos de la Séptima Olímpica

Propósito de este trabajo.—Las obras literarias son un fenómeno histórico, pero no basta estudiarlas como mero «hecho» acaecido en el tiempo, sino que hay que tener en cuenta que son «valores», de suerte que han de ser objeto, no sólo de conocimiento, sino de fruición; no es suficiente inventariarlas y describirlas, sino que precisa justificar su vigencia.

Por consiguiente los métodos puramente «científicos» no bastan para estudiar a un autor clásico griego. Requiere, sí, y en mayor proporción que en otras literaturas, porque hay que salvar una gran lejanía lingüística e histórica. Este primer trabajo, indispensable, es la gloria de la filología del XIX y de los comienzos del XX. Pero su exclusivismo positivista, deshumanizador de las Humanidades, ha sido y sigue siendo dañosísimo.

En toda obra estética hay un último reducto, inaccesible por procedimientos de mero análisis racional. Sólo es posible llegar a él mediante la intuición de la belleza, en «ciego y obscuro salto», como, tomando la expresión de S. Juan de la Cruz, ha subrayado Dámaso Alonso ¹.

Por consiguiente además del benemérito desbroce erudito filológico nos hallamos ante un vasto campo de trabajo, arriesgado y difícil, pero seductor y necesario: aquél en que, según las luces y posibilidades del estudioso, se forcejea para lograr la epifanía del íntimo e inefable mensaje de hermosura de cada autor y de cada obra.

Concretamente nos planteó esa tarea Píndaro y su séptima olímpica con ocasión de unas clases universitarias en 1953. Del esfuer-

¹ «*Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*», 2.^a ed. Madrid 1952, pág.